

la semejanza que notaban entre varias figuras que veían allí y sus divinidades patrias, por lo cual creían que este templo debía ser obra de uno de sus Radjas que sin duda visitó la tierra de Egipto (1).

Tales semejanzas ¿sería posible que fuesen puramente accidentales? ¿No indicarán sino la comunidad de origen, ó serán prueba de que la colonia que civilizó el Egipto provenía de la India? Hay tradición de Indios emigrados á Egipto, probablemente Banianos, dirigidos por Bramanes; las tumbas egipcias están llenas de telas, piedras preciosas y utensilios indios, que al paso que demuestran las relaciones existentes un tiempo entre ambos países, desmienten la antigua preocupación que supone enemigos del mar á los súbditos de los Faraones; y el mismo nombre de Manes, autor de la civilización egipcia, tan parecido al nombre indio de Manú (2), prueba que alguna colonia india llegando á la costa occidental del Mar Rojo, en vez de fijarse en ella subió hasta la Etiopia, y despues de haber subyugado la primitiva raza de los Árabes abisinios, se propagó por el Egipto. En efecto, en Etiopia se han descubierto caracteres muy semejantes á los antiguos sanscritos, especialmente en las grutas de Canara, y los caracteres hemiaritas (*) que ahora nos revela el África Oriental, adornaban aun, en el siglo XIV de nuestra era, las puertas de Samarcanda (3).

Pero demos tregua á las deducciones, á las cuales no sabemos si los nuevos descubrimientos quitarán ó añadirán fuerza. Estos serán los que pongan en su verdadero punto el mérito de los Egipcios, considerados hasta ahora por unos con desprecio y por otros con entusiasmo; porque á la vez que algunos admiran sus obras maestras, otros, á pesar de su grandeza y solidez, no les encuentran ninguna belleza, ni reconocen el genio en obras como aquellas, semejantes á un inmenso panal en que cada abeja labra su propia celda, y en que nada mas se descubre que la opresión de generaciones enteras. En

(1) *Bibliotheca britann.*, t. XXXVIII, p. 208-221.

(2) Carver, en los *Travels through the interior parts of north America*, dice que algunos bárbaros veneran allí un genio que llaman Manú, bajo la forma de una gran serpiente. Esto corrobora la hipótesis expuesta por nosotros un poco mas arriba.

(*) Del alfabeto de la lengua árabe de tiempos remotísimos. (N. del T.)

(3) LANGLÉS, notas al viaje de Norden, t. III, p. 229-319. (V. SCHÖLCHER, *El Egipto en 1845*) dice: « Los descendientes directos de aquellos antiguos Egipcios que construían los obeliscos en las cuevas de granito; que trasportaban y esculpían colosos monólitos; que alzaban, con una ciencia aun no sobrepasada, gigantescos monumentos; que fueron en suma una de las lumbreras de la civilización, cayeron en la mayor barbarie, y entre ellos y los salvajes no hay otra diferencia mas que el capricho de quien los oprime, y el baston de un déspota inhumano siempre levantado sobre su cabeza. Nada mas horrendo puede imaginarse que sus cuevas de fango, sucias, bajas, sin forma ni otra abertura que una puerta de tres piés ó tres y medio; miserablemente acumuladas unas sobre otras y separadas por estrechas sendas, en las que uno se sumerge en polvo é inmundicia. En estos sucios lodazales, habitados por una poblacion reducida y verdaderamente ilota, no se halla la mas leve idea de nada que sea lisonjero á la vida, y el hombre permanece allí con todas las asperezas y privaciones del estado natural.

cuanto á la ciencia egipcia, ¿cómo hablar de ella con seguridad cuando el arte capital consistía en tenerla oculta? La política interior se cifraba en someter á los mas al crédito y al poder de unos pocos, y la exterior en tener al pueblo aislado, sin tratar de hacerlo fuerte; por cuya causa, apénas los Persas hubieron roto las barreras que les oponía el Egipto, se convirtió este país en teatro de irreparables invasiones, y alternativamente lo asolaron los Griegos, Romanos, Bizantinos, Árabes, Fatimitas, Curdos, Mamelucos y Turcos, hasta la época actual en que le promete nueva vida el Faraón que ahora *sabiamente lo oprime*, y que desde su solio de Alejandría hace temblar á Constantinopla, como Sesóstris desde Tebas, y Saladino desde el Cairo, hacian estremecerse de espanto á Babilonia y Bagdad (*).

CAPÍTULO XXVI

FENICIOS

Historia é instituciones.

La Arabia Feliz debió estar habitada antiquísimamente por un gran pueblo agrícola y traficante, que siguiendo la costa de África extendía su navegación hasta Sofala, y tambien hasta las costas occidentales de las Indias y las meridionales de la Persia. Algunos viajeros (1) afirman que este pueblo ocupó el Yemen, siendo ya civilizado y poderoso seiscientos años antes de Salomon; que fué llamado despues por los Griegos los homeritas (hemiaritas) ó Sabeos. Nos sirve de argumento en su antigüedad el saber que Nino demandó la ayuda de Arico ó Arico, uno de sus príncipes; y si creemos á Estrabon, estaba constituido en castas, á la manera de los Indios y los Egipcios.

De estos Árabes proceden probablemente los Fenicios, ó como los llama la Escritura, los Cananeos, lo cual tambien indica Herodoto, cuando dice que en tiempo de Cambises tenían los Árabes emporios de comercio en las costas del Mediterráneo desde Cádiz hasta Jenisó (2). Quizá por esto conocieron los Fenicios el comercio que podía hacerse por el Mar Rojo con la India, á cuyo fin determinaron usurpar algun puerto á los Idumeos: lo cierto es que con los Árabes de Saba mantuvieron perennes relaciones, y es probable que de su territorio extrajesen el oro que, segun Estrabon, se encontraba en abundancia en granos del tamaño de nueces, y del cual los naturales hacian adornos,

(*) Ya esto último ha dejado de ser cierto desde la muerte de Mehmet Ali; y si bien los dominadores del Egipto poco tienen que temer por parte de Constantinopla, se hallan en cambio sujetos como el resto del imperio á la transformación, ó por mejor decir á la descomposición, que se está efectuando en la raza turca.

(N. del T.)

(1) POKOKE, *Specimen historie Arabum*. — ALB. SCHULTENS, *Historia imperii vetustissimi Ictanidarum in Arabia Felici*. Hardoviei Gueldrorum, 1786. Véase el principio de nuestro Libro IX.

(2) Lib. III. 3.

vendéndolo ademas por el doble de plata y el triple de bronce.

Puede, pues, creerse que vivieron los Fenicios al principio en las costas del Golfo Árabe habitando en cavernas, pescando y navegando como factores de los mercaderes de la Gedrosia, de la Tapróbana, de la Gangáride y del Quersoneso Áureo; hábitos que llevaron consigo cuando algun acto de violencia por parte de sus enemigos los desalojó de allí. Entónces, si se nos permite una conjetura, invadieron el Egipto con el nombre de Hiksos, al mismo tiempo que se fijaban en las orillas del Mediterráneo, en el país que se llamó primero Joppe, y luego Fenicia, de la voz griega que significa palma.

Es tal vez cierto que en tiempos remotísimos no existía el Mediterráneo, y que en aquel vasto valle florecían países populosos, hasta que una inmensa agitación de la naturaleza levantó los Apeninos, separó á Abila de Calpe, y por aquel paso abierto precipitó el mar sobre el florido valle, dejando solo descubiertas las crestas de los montes, y las cimas, que fueron luego la España, la Italia, sus islas y las del Archipiélago. La memoria de este suceso se lee por los geólogos en la disposición de los terrenos y por los mitógrafos en las hazañas de Hércules. Este desastre facilitó la comunicacion entre los países que sobrevivieron á él, los cuales acaso de otra manera habrían permanecido bárbaros é ignotos como la Tartaria y el interior del África, mientras que las muchas enseñadas y la serpeante costa multiplicaron las relaciones, y por consiguiente la civilización.

Á aprovecharse de esta oportunidad vinieron los Fenicios, estableciéndose en aquella lengua de tierra que está entre el Libano y el mar. Consta por la tradición que treinta siglos á. C. enseñó Memrum á los Sidonios á cubrirse de pieles, á fabricar casas y á encender fuego; y que habiendo derribado un árbol y cortádole las ramas, lo lanzó al mar, haciendo de él un barco. El verdadero Memrum debieron ser la necesidad y la naturaleza del país; porque la pobreza de territorio y la opresión inducen ordinariamente á las naciones á dedicarse al tráfico y á la industria, como lo prueban los ejemplos de Venecia, Génova y Holanda. Y tan natural era á estos países el comercio, que cuando la espada de un conquistador venía alguna vez á interrumpir la obra de la paz, pronto se levantaban nuevas ciudades en lugar de las destruidas: si Nabucodonosor asoló á Sidon, Tiro se levantó en seguida cerca de sus ruinas; y cuando Tito pereció, su mismo destructor construyó en medio del desierto á Alejandría, que á pesar de tantas adversidades aun no ha perdido su importancia.

Muy agradable nos sería, desde las memorias de pueblos condenados por los déspotas al reposo ó al movimiento forzado, pasar á las de una nacion como la fenicia, que fundaba su existencia en el comercio y en la industria, que se extendía por los pueblos inmediatos y

lejanos, y que (segun la elegante expresion de Bianchini) hacia tambien el comercio de leyes y el cambio de costumbres cultas. Pero desventuradamente estamos en una completa oscuridad en este punto; solo por incidencia hablan de los Fenicios los escritores hebreos, principalmente Ezequiel y Josefo: este último y Eusebio en la *Preparacion Evangelica* nombran á Dios y Menandro de Éfeso historiadores de Tiro; Teodoto, Ipsicrates y Moco son citados por Taciano (1): sabemos por Appiano (2) que los Tirios llevaban nota de sus sucesos y de los de los pueblos con quienes tenían relaciones; pero el tiempo no ha respetado sino algun fragmento suelto de sus historias. El historiador nacional Sanconiaton, el mas célebre despues de Moises, habia escrito un tratado sobre la filosofía de Hermes, una teología egipcia, y los fastos de la Fenicia. Las dos primeras obras, tomadas de los escritos de Tot y de los registros depositados en los santuarios de los Amoneos, nos habrían iniciado en la sabiduría fenicia y egipcia, con tanta mayor seguridad cuanto que el rey Abibal, á quien las dedicó Sanconiaton, hizo comprobar su exactitud por una comision de doctos. La historia fué vertida al griego por Herennio Filon de Biblos, que vivió en el siglo II de nuestra era, pero la traduccion se perdió como el original, á excepcion de unos pocos fragmentos, cuya mayor parte se refieren á la cosmogonía (3). Hace poco que se anunció el descubrimiento de la version entera (4), pero no puede aceptarla la crítica; motivo por el cual continuamos atentos á las escasas noticias que teniamos antes (5).

La Fenicia, aun en sus tiempos mas florecientes, solo comprendía una costa de poco mas de ciento cincuenta millas de longitud, y de treinta cuando mas de latitud; pero tanto ella como las islas vecinas estaban cubiertas de ciudades. Primeramente se encontraba Arado en la isla, y Antarado en el continente; luego

(1) *Oratio ad Græcos*. N. 37.

(2) Lib. I. § 17.

(3) Insertos por Eusebio en la *Preparacion Evangelica*, y fué impugnada su autenticidad. Los diversos fragmentos de Sanconiaton se reunieron por Orellio. Leipzig, 1826.

(4) Por el Aleman Franciscó de Wagenfeld. Véase *Análisis de la historia primitiva de los Fenicios, hecho en virtud del manuscrito recientemente descubierto de la traduccion integra de Filon* (en alemán), 1835.

(5) V. HEEREN, *Ideas acerca de la política y del comercio de los pueblos antiguos* (en alemán).

MIGNOT, *Memorias sobre los Fenicios*; en los tomos 31-42 de la coleccion de la Academia de las Inscripciones.

HENRICI ARENTII HAMAKERI, *Miscellanea phenicia*. Leiden, 1838.

GUILLERMO GESSENIO en 1835 pretendió descubrir la clave de las inscripciones fenicias, escritas con caracteres diversos de los comunes (*Über die punsche-numidische Schrift, und die damit geschriebenen grósteenteils unerklärten Inschriften und Münzen in Paläographische Studien*. Leipzig). Despues en 1837 imprimió en Leipzig:

Scriptura lingueque phenicia monumenta quotquot supersunt, edita et inedita, ad autographorum optimorumque apographorum fidem, donde ilustra las muchas inscripciones que desde 1817 se han descubierto en el recinto que ocupó Cartago en la Numidia.

De los estudios basta aquí hechos parece el resultado mas cierto, que no solo el idioma cartagines y fenicio, sino tambien el númida, eran idénticos al hebreo.

Extension del país.

Tripoli que aun subsiste; en seguida Biblos y el templo de Apolo; cerca de esta Berito, Sidon, Tiro, y en los intervalos las ciudades menores de Sarepta, Botris y Ortosia: singular espectáculo de opulencia. Estas ciudades fueron edificadas sucesivamente para comodidad del comercio; la primera fué Sidon, ya mencionada por Moisés, y que preponderaba en los tiempos de Josué y de Homero, hasta que tomada por un rey de Ascalon fundaron sus habitantes á Tiro, que muy pronto eclipsó á su madre. Otros Sidonios expatriados construyeron á Arado, y los moradores de estas tres ciudades erigieron de comun acuerdo á Tripoli, que de esta circunstancia tomó su nombre (1).

No estaban reunidas todas en un solo Estado, sino que á la manera de las repúblicas italianas de la edad média, cada ciudad con su territorio tenía un régimen distinto, con reyes ó jefes propios, estando confederadas en la paz por la comunidad de intereses y por el culto de Melcarte, y en las necesidades por el peligro. Como suele suceder en países comerciales, la autoridad de los jefes estaba moderada por otros funcionarios, que en las asambleas tenían igual categoría; y de acuerdo unos y otros expedían embajadas. Alguna vez las ciudades principales celebraban dieta general en Tripoli, donde el rey, con el Sanedrín, deliberaban acerca de lo que á todos convenía (2).

Josefo nos ha conservado la serie de los reyes de Tiro, principiando por Abibal, contemporáneo de Saul. Su hijo Hiram hizo primero la guerra á los Hebreos y se coaligó despues con David y Salomon, de los cuales recibía aceite, vino y granos, en cambio de marineros para navegar por el Golfo Pérsico, de carpinteros, canteros y materiales para edificar el palacio y el templo. Y este templo puede dar una idea de su habilidad en la arquitectura, además de la que puede formarse recordando las maravillas del de Melcarte en la isla de Tiro, templo sin igual en el mundo. Hiram erigió también uno á Astarté, otro al Júpiter fenicio, y rodeó de murallas su ciudad, uniéndola á la isla por medio de un muelle maravilloso. Añácese que Salomon recompensó mal los grandes servicios de Hiram, pero no por esto se enemistaron, ántes bien se escribían con frecuencia, y se enviaban enigmas, imponiéndose multas que debía pagar el que no acertase á descifrarlos.

Á Hiram sucedieron Belezar (976), Abdas-

(1) Mediante el deseo que tenían los pueblos antiguos de renovar en la nueva patria los nombres de la primera, podemos seguir la huella de las emigraciones de los Fenicios. Nearco, en los tiempos de Alejandro, visitaba las islas de Tyros y Aradus, y la ciudad de Sidon en el Golfo Pérsico. Despues fueron llamadas Tylos y Arados las islas de Bahrein en la embocadura del Eufrates, y finalmente se trasladaron aquellos nombres á las costas del Mediterráneo. Verdad es que pudiera retorcerse el argumento, y creer que estos nombres y los otros fenicios, que un viajero moderno encontró en el Golfo Pérsico (carta del doct. SEETZEN en la correspondencia mensual del baron de Zash, setiembre 1813), proceden de colonias fenicias allá trasplantadas.

(2) ARRIANO, II, 24, 15. DIODORO, II, 113.

trato (969), Astarte (948), Aserim y Feles (936), y despues Ethaal I (926?), padre de Jezabel. Badezor, su sucesor (879-726), engendró á Pigmalion, Barca, Anna y Elisa ó Dido. Esta última se casó con el sumo sacerdote Siqueo, á quien mató Pigmalion, codicioso de sus riquezas. Dido entónces huyó de su patria y fundó á Cartago (869).

Reinaba Ethaal II cuando Nabucodonosor asedió á Tiro, á la que destruyó despues de trece años, interrumpiendo por su manía de conquistas las pacíficas operaciones del comercio. Una nueva Tiro ocupó el lugar de la antigua, y cuando Ciro dilató sus conquistas por aquella parte, se le sometieron los Fenicios, prefiriendo á los azares de una guerra pagarle un tributo, conservando su constitucion y los reyes propios, y el comercio continental en el imperio persa.

Pero el espectáculo principal que aquí se nos presenta mas importante que las vicisitudes de una dinastía es el de un pueblo industrioso, que desde su escaso é ingrato territorio se aventuró al mar, aprovechándose de la madera que el Líbano le ofrecía, y de las muchas calas de la costa; pues encontrándose en los confines de las tres partes del mundo, con una mano recibía los productos del Asia y del África, y con la otra los ofrecía á la Europa. En lo interior los Fenicios se dedicaban á las artes de la paz (1), y así vemos á los reyes de Israel buscar entre ellos arquitectos, escultores, cinceladores y fundidores (2). En las construcciones de su patria conservaron muchos de los hábitos trogloditas, y aun hoy mismo el país donde estuvieron establecidos se halla todo lleno de grutas. Pero monumentos fenicios puros no se encuentran ya, como no se quiera considerar como tales algunos de la isla de Chipre, singularmente en las cercanías de Larnaca, y ciertas estatuas trasladadas á Londres desde las costas de Berbería. Los pocos que tenemos están modificados por la amalgama de tipos extranjeros, como el bajo relieve egipcio-fenicio de Carpéntras, y otros greco-fenicios.

Que á ellos se atribuya la invencion mas sorprendente que se conoce, á saber, la del alfabeto, lo dijeron los Griegos; pero estos mismos recuerdan inscripciones anteriores á la emigracion de Cadmo, y acaso los Fenicios no hicieron mas que facilitar la escritura con la introduccion del papiro (3). El alfabeto fenicio era el usado por

(1) *Viderunt populum habitantem in ea absqueullo timore, juxta consuetudinem Sidoniorum, securum et quietum.* JUDIC, XVIII, 7.

(2) III REG. VII, 13.

(3) CHR. FR. WEBER, *Versuch einer Geschichte der Schreibkunst.* Gotinga 1807.

Hasta en 1837 se conocían 74 inscripciones fenicias, púnicas, libienas, reproducidas por Gesen: desde entónces se descubrieron todavía 33, entre las cuales la mas larga y mas interesante es la de Marsella, trazada sobre dos pedazos de piedra, descubiertos por un albañil derribando una casa sobre cuyo sitio se elevaba antiguamente el templo de Diana. Saulcy publicó la traduccion en 1846; en 1847 Jüdas dió un facsimile en su *Estudio demostrativo de la lengua fenicia*; y el abad Barges hizo una traduccion mas perfecta, acompañada de comentarios.

La inscripcion, se compone de trece párrafos, y contiene las disposiciones relativas á los ofrecimientos que deben pre-

los Hebreos hasta la época de Ciro, conservado por los Samaritanos; pero tuvieron también caracteres sagrados y misteriosos. Las inscripciones hasta ahora conocidas son fúnebres ó religiosas; y tres fragmentos de escritura fenicia últimamente descubiertos aguardan explicacion en las bibliotecas de la Propaganda, del Vaticano y de Turin.

Es fama que se inventó el vidrio en el país situado á la embocadura del rio Belo (1). Poco se servían de él los antiguos para las ventanas, porque dejaban las habitaciones abiertas al aire; para las copas preferían el metal; pero cubrían de vidrio las paredes de las cámaras y de él hacían adornos y collares, mezclándolo con ámbar y marfil labrado. Pero los primeros que observaron que la arena se trasformaba por medio del fuego en una masa transparente,

sentarse á los grandes prestes ó clérigos por los maestros de los sacrificios en el templo de Baal.

(1) ¿Conocían los antiguos el vidrio? ¿lo ponían en las ventanas? La opinion vulgar responde que no, y la historia que sí. Herodoto (lib. III, § 34) habla de cajas de vidrio, *υζλος* para momias; Aristófanes lo nombra en *Las Nubes* vs. 766, y en las *Acarnianas* vs. 73; Aristóteles también lo menciona; Galeno enseña el modo de hacerlo; Lucrecio, Horacio, Marcial y Séneca son, en favor de su existencia en lo antiguo, autoridades irrecusables. Plinio (XXXVI, cap. 26) dice: *Sidone quondam iis officinis nobili, siquidem etiam specula excoctaverat. Hæc fuit antiqua ratio vitri.* Aquí se indica quizá que hasta hicieron espejos. En tiempo, pues, de aquel naturalista se daba al vidrio todo color y forma con el soplo, con el torno, y cincelándolo: *Funditur in officinis tingiturque; aliud fatu figuratur, aliud torno teritur, aliud argenti modo celatur* (ibid.). El mismo y Dion Cassio (lib. LVII, § 21) hablan de un artista que había logrado hacer maleable el vidrio, lo cual, aunque improbable, indica cuán adelantado estaba el arte. En Pompeya se desenterraron redomas, y en Herculano se encontraron pastas de vidrio colorado para imitar piedras, segun lo que había dicho Plinio mismo: *Fit et album et murinum, aut hyacinthos saphirosque imitatum, et omnibus aliis coloribus... Maximus tamen honos in candido translucens, quam proxima cristalli similitudine.* Era, pues, entónces como hoy el mas estimado el vidrio blanco, que mejor se aproximaba al cristal. Neron pagó 6,000 sextercios por dos vasitos de vidrio; tanta belleza y adorno se habían llegado á dar á esta manufactura. También reemplazó el vidrio en cierto tiempo á los vasos de plata y oro: *Usus vero ad potandum argenti metalli et auri propulit.* (Plinio ib.)

Probablemente habrían pensado muy luego en la mayor comodidad del vidrio, como la de hacer ventanas que den paso á la luz y no al aire; pero ninguna autoridad hay que afirme que así lo hicieran en los tiempos muy antiguos. La primera mención se encuentra en la Legacion de Filom Hebreo, en la que los legados de Alejandria las compararon á las de piedra especular *τοῖς θαλοῦ λευγῆ διαφανέσι παραπλησίως λίθοις.* Fea, en la *Historia del arte*, comentó este pasaje, y reunió otros del segundo y tercer siglo despues de Jesucristo, de los que resulta indudable el uso de las vidrieras. Mongez, en el *Diccionario de antigüedades de la Enciclopedia metódica*, cita otros, pero siempre de tiempos posteriores, y por tanto superfluos, desde que en Herculano se encontraron vidrios enteros, que aun se ven en el museo Borbónico; y en Pompeya se encontró en 1772 una ventana con el marco casi de tres palmos, y vidrios de un palmo en cuadro, pero gruesos y opacos.

Podemos, pues, suponer que también en tiempos mas remotos se usaron las vidrieras, aun cuando con mas frecuencia se usasen piedras especulares. De estas las había tan transparentes, que para indicar Plinio el límpidísimo barniz que Apétes daba á sus cuadros, dice que allí se veía *veluti per lapidem specularem intuentibus.* Las mas hermosas procedían de Esparta y Capadocia; otras se extraían de Bolonia, y en algunos puntos las había de hasta cinco pies de longitud. Ya no se encuentran semejantes, pero habiendo llegado á ponerse el vidrio tan barato, se cesó en el uso de aquellas adoptándose el de este, cuya moda se divulgó en la época de Séneca como lo indican estas palabras suyas: *Quadam nostra demum prodisse memoria scimus; ut speculariorum usus, perlucens testa, clarum transmittentium lumen.* Ep. 90.

estaban muy distantes de creer que con esta materia se prolongaría á los viejos el placer de la vista, se llegaría á sondear el abismo de los cielos, se descubrirían nuevos mundos en los átomos imperceptibles, y se proporcionarían, en fin, á los países septentrionales las producciones de los trópicos y durante el invierno los productos del verano. Los Fenicios sobresalieron también en el arte de hacer finisimos tejidos. Un perro hambriento (así lo cuentan) mordió una conchilla, y la sangre que brotó le tiñó los pelos de un rojo maravilloso; esto fué observado, y así se descubrió la púrpura. No era esta solamente roja, sino que la había también blanca, negra y de otros colores, indicándose en general con tal nombre un tinte hecho del licor de ciertas conchillas, á diferencia de los colores vegetales (*herbáceos*), y empleado especialmente para las telas de lana (1).

Por desgracia no podemos alabar á los Fenicios en punto á religion, y la Biblia recuerda á cada paso sus supersticiones. Ísis, que va á buscar á Biblos su perdido consorte, nos indica que del Egipto procedió el culto fenicio, y en las solemnidades anuales de Adónis, se llevada por mar una cabeza mística, desde las riberas del Nilo hasta dicha ciudad (2), en cuyas monedas estaba estampado el busto de Ísis. La Asiria debió difundir también sus creencias por el Asia anterior con el comercio y las expediciones guerreras, por cuyo medio trasladó pueblos enteros desde la Siria, la Fenicia y la Judea á las orillas del Tigris y del Eufrates. Tal es la mezcla que se halla en la teología de los Fenicios, revelada por Tot, que la hizo escribir á los siete hermanos Cabires y á Esmun ó á Esculapio, su hermano. Pero el hijo de Tabion, antiquísimo intérprete fenicio, la alteró con muchas ficciones, por lo cual el dios Surmohelo, y Turo ó Cusarte, muchas generaciones despues, la expurgaron de las alegorías en que Tot la había envuelto (3). La palabra divina es, pues, expresion de la suprema inteligencia; luego, por orden de esta, la consignan por escrito las divinidades planetarias, y en fin, los dioses inferiores la revelan á la casta sacerdotal: encarnacion por grados, análoga á la de los Vedas indios. Tiempo, deseo, y nube, son segun la teología fenicia los tres grandes principios de las cosas; los dos últimos engendraron al éter varon y al aire hembra, que produjeron el huevo; de este salieron algunos animales privados de razon y despues los dotados de inteligencia, y el sol, la luna, las estrellas, el fuego, la llama, los truenos, á cuyo fragor se despertaron los seres animados, y se movieron en el mar y en la tierra.

(1) Á los Italianos se deben las mejores obras sobre este asunto. La principal es la de AMATI, *De restitutione purpurarum*, tercera edicion, Cesena 1784, á que se ha agregado el tratado *De antiqua et nupera purpura*, con las notas de Cappelli. Es su complemento la obra de MIGUEL ROSA, *Disertacion sobre la púrpura y las materias que usaron para vestirse los antiguos.* 1786. (L.)

(2) LUCIANO, *De dea Syra*, c. VII.

(3) Porfirio ap. EUSEB., *Præp. evang.* lib. I.

Esta cosmogonía, según Sanconiaton, propende á explicar la existencia del universo por medio de causas materiales, no sin tener en el fondo cierto espiritualismo grosero. Otros hablan de un filósofo fenicio llamado Mosco, que fué el primero que pretendió demostrar el origen del universo por medio de la combinación de los átomos.

Dioses.

La religion popular ofrecia en Fenicia, como en Asiria, una sucesion de Baales y de otras divinidades en relacion con los astros. Baal, Saturno Fenicio, tenia dos ojos en la frente y dos en la nuca, dos abiertos y dos cerrados; á la espalda cuatro alas, dos desplegadas y las otras recogidas, y otras dos en la cabeza. Decíase que habia inmolado por la salud comun á su propio hijo Jeud, y por eso se le ofrecian cruentos sacrificios, y principalmente se le consagraban los niños, pasándolos por el fuego, ó arrojándolos á la hoguera que ardía en el pecho de la estatua que lo representaba (1).

Al dios varon, como en todas las religiones orientales, asociaban la hembra Astarté ó Vénus, que en Biblos recibia un culto obscuro, mientras que en otras partes sus altares eran contaminados con sangre. Decían que Astarté, deseando recorrer la tierra, se puso una cabeza de toro, y consagró en Tiro una estrella caída del cielo; mito astronómico, que indicaba la conjuncion del planeta Vénus con la luna, la cual asciende al signo de Tauro precisamente cuando Vénus está en él.

Su amante era Adónis, ó sea el Señor, y cuando al fin de junio se presentaba el río Adónis, como aun se presenta, teñido del ocre que arrastra en sus crecidas, se decía que tomaba el color de la sangre del amante de Vénus, que habia muerto en el Líbano. Entónces los Fenicios le tributaban sacrificios fúnebres, y se azotaban hasta que brotase la sangre; las mujeres principalmente prorumpían en llanto, y se cortaban la cabellera, homenaje del cual solo podían redimirse prostituyéndose y ofreciendo al templo el precio de su prostitucion. Estas adonias, no extrañas á la tradicion de Osiris, se propagaron bastante; las encontramos en Antioquia á orillas del Oronte, en Alejandria de Egipto, en Atenas, en Chipre, en Argos; y Teócrito y Bion nos hablan como testigos de la magnificencia de aquellos ritos y del muelle dolor que presidía á su celebracion (2).

Se veneraba en Azot á Dagon, y á Derceto en Joppe; pero no sabemos cómo llamarían los Fenicios á su Neptuno, en cuyo honor se arrojaban muchas víctimas humanas á las ondas.

Siete Cabires (3) ó Patecos eran sus dioses

(1) EUSEBIO; *Præp. evang.* lib. I. capítulo último. *MINUTIC. in Octav.*

(2) TEÓCRITO, XV; BION I. Notorio es cuán solícitos anduvieron el legislador y los profetas hebreos para alejar de su pueblo aquel culto obscuro; la maldición lanzada sobre la descendencia de Cam, por haber descubierto la desnudez del padre, debía retraer á los hebreos de la adoracion del Falo.

(3) Este nombre viene ó de *zázery* quemar; ó de *cabirim* que en persa equivale á fuertes; ó del hebreo *chalerim* los asociados. *Kibir, Qbir* en maltes quiere decir el diablo.

protectores ó fuerzas elementales, á los cuales se agregaba Esmun, dios de la medicina, á cuyo templo de Berito iban á dormir los enfermos (1), y obtenían curas milagrosas. El padre de estos era llamado Sydyk, principio del fuego; sus imágenes se llevaban en los buques, y acaso fueron los Fenicios los que trasladaron el culto de este dios á Samotracia.

El mayor de sus dioses era Melcarte ó rey de la ciudad, especialmente venerado en Tiro, cuya prosperidad le dió la primacía sobre todos los dioses fenicios. El culto de este Hércules se trasfirió adonde quiera que se establecían colonias fenicias, y era el lazo de union entre ellas y la madre-patria. Los Cartagineses enviaban á su templo el diezmo de las rentas públicas, cuando al entrar la primavera acudían allí los Téoros de todas las colonias. En todas estas se encendía cada año un gran fuego, desde el cual echaban á volar un águila, escena que los Griegos imitaron en el monte Ota, y que adoptaron los Romanos en las aduladoras apoteosis. Todavía subsisten en Malta las ruinas del templo de Melcarte; pero ninguno igualaba en espléndidez al de Cádiz, donde no habia otro simulacro mas que la llama.

Entre las pruebas que tenemos del gran poder de los sacerdotes, podemos citar el hecho de haber sido el pontífice Siqueo, cuñado del rey Pigmalion; y el de haberse difundido á centenares en Israel apenas fueron allí tolerados (2).

CAPÍTULO XXVII

Comercio

Los Fenicios fueron principalmente famosos por el comercio, y ya que por culpa de los historiadores se ha generalizado la opinion de que las naciones antiguas fueron puramente guerreras y conquistadoras, nos detendremos algun tanto, á fin de mostrar la extension y la naturaleza del comercio, uno de los mas eficaces agentes de la civilizacion.

Es fácil imaginar que las necesidades sugirieron el cambio mutuo; pero si interrogamos á la Historia cómo se extendió de pueblo á pueblo, cuando se sustituyeron los metales preciosos á los trueques en especie, en dónde se acuñaron las primeras monedas, y hasta qué punto cooperó el comercio á la civilizacion en las primeras épocas, la Historia no sabe qué responder á estas preguntas. Dejando, pues, las conjeturas, vemos que el comercio antiguo difería del moderno en que principalmente era terrestre, no porque los mares, y sobre todo el Mediterráneo, no fuesen surcados por naves, sino porque el comercio marítimo era un modo secundario, un suplemento al comercio de tierra; y así se mantuvo hasta que la navegacion al

(1) A esto creo que alude Isaias en el LXV. 4, donde dice: *Populus... qui immolant in hortis... qui habitant in sepulchris et in delubris idolorum dormiant.*

(2) 1 Reg. XVIII. XXII., y aquí arriba, pág. 188.

rededor del África, y despues el descubrimiento de la América, cambiaron la índole del tráfico (1).

El comercio debía dirigirse naturalmente á los países que mas producciones ofreciesen. La Europa estaba inculta en su mayor parte; y aun despues de haberse poblado, poco podia ofrecer á los extranjeros, y debía limitarse al comercio de consumo; al paso que las costas de África y de Asia abrían ancho campo á las especulaciones, siendo principalmente en las orillas del Indo donde los mercaderes encontraban con qué satisfacer las exigencias del lujo y de la gula.

Los antiguos Persas, así como los modernos Árabes y Mogoles, abundaban en oro y plata, hasta el punto de emplearlos, no solamente para adornar salas y tronos, sino en los utensilios comunes. ¿De dónde los extraían? En el Asia Menor el Meandro y el Pactolo arrastraban arenas de oro, pero no parece que hubiese allí Griegos imitaron en el monte Ota, y que adoptaron los Romanos en las aduladoras apoteosis. Todavía subsisten en Malta las ruinas del templo de Melcarte; pero ninguno igualaba en espléndidez al de Cádiz, donde no habia otro simulacro mas que la llama.

Entre las pruebas que tenemos del gran poder de los sacerdotes, podemos citar el hecho de haber sido el pontífice Siqueo, cuñado del rey Pigmalion; y el de haberse difundido á centenares en Israel apenas fueron allí tolerados (2).

(1) Además de la insigne obra de HEEREN, véanse: GATTERER, *Einleitung zur Synchronistischen Universal Historie.*

EICHORN, *Geschichte so septindischen Handels.*

carriesen las metálicas mas pesadas. Lo batían tambien con frecuencia por medio de esponjas que en sus poros levantaban lo que era leve y sin valor, dejando el metal en la mesa. En seguida se daba el residuo á los fundidores, mezclándolo con plomo, arena, estaño y salvado de cebada, y se cerraba todo herméticamente con almáciga: durante cinco dias y cinco noches se exponía á un fuego violento, y al sexto, dejándolo refrescar, se derramaba el contenido en otra vasija, no quedando mas que el oro, muy poco disminuido en peso, comparado con el polvo que allí se habia echado.

La gema y las piedras preciosas, sumamente buscadas para adorno de los reyes y sacerdotes, y para anillos, sellos, empuñaduras, cadenas, brazaletes y hasta para arneses de caballos, se obtenían del centro del África y del Indostan, siendo siempre el Golfo Pérsico, las costas de Ceilan y de la península transgángética fecundas en perlas (1), que con su modesto esplendor adornaban á las esposas de Darío, como el cuello de Tippto-Saib cuando moría defendiendo su ciudad contra los Ingleses, y como adornan toda la persona de Rangit-Sing, rey de Lahore, cuando recibe pomposamente á los embajadores de Europa.

Aun posee el Levante las lanas mas finas, el pelo de camello y de la cabra de Angora, y un cáñamo sin igual; además del algodón y la seda, muy comun el primero, mas rara la otra, pero empleada tambien por los Medos para sus trajes (2). Sin contar los ganados de Arabia y de Cachemira, el Asia Menor y especialmente Mileto proveían de excelentes lanas á las manufacturas de Babilonia y de Grecia, no siendo ménos solicitadas las pieles, mas por ostentacion de lujo que por abrigo.

El incienso, tan prodigado en los multiplicados sacrificios, procedía de la Arabia y de la parte de África opuesta á la entrada del Golfo Pérsico, de donde se conducía á la Fenicia ó por este golfo á Babilonia y al interior del Asia, con los demas perfumes de aquellos países. La canela que, lo mismo que la pimienta, es hoy fruto exclusivo de la India, parece que tambien se daba en la Arabia. El antiquísimo libro de Job hace ya mencion del comercio de las Indias y de sus telas de colores (3).

Estos eran los principales objetos del tráfico antiguo; pero las larguísimas distancias, los desiertos que habia que atravesar, y las bordas

Caravanas.

(1) Los Bramanes reciben el veinte por ciento de las perlas que recogen los buzos, en recompensa de las oraciones que hacen para alejar de ellos los desastres, y principalmente los perros marinos. Y si algun buzo deja de pagar este tributo, no puede contar con sus auxilios en el caso de que le ocurra cualquier desgraciado accidente. Antes que los Portugueses llegasen á las Indias, se hacia allí la pesca cada 20 ó 24 años, pero estos redujeron el intervalo á 10 años; los Holandeses á 7 ó 8, y ahora se verifica cada dos años, no quedando así tiempo á las conchas para reproducirse y adquirir un buen tamaño.

(2) Los pasajes de la Vulgata donde se nombra la seda, no están exactamente traducidos, pues el original no indica precisamente esta clase de tela.

(3) *Non conferetur tinctis Indiæ coloribus.* XXVIII. 16.